

LA CIUDAD CREADORA LUGAR DE LA PERSONA COMO UN SER HUMANO, DEMOCRÁTICO Y CREATIVO*

1. La Persona un ente creador - 2. Humanización y Arte - 3. La ciudad como tela, pentagrama, cuerpo y texto creador

1. La Persona un ente creador

Hace ochenta y un años, en París, un nueve de diciembre de 1934, el pensador francés Jacques Maritain, tituló una conferencia como «Reflexiones sobre la persona humana y la filosofía de la cultura». Señaló el filósofo la necesidad de una comprensión abierta de los problemas científicos y los problemas humanos. El conjunto de las diversas exposiciones que allí se escucharon habían sido individualismo y estatismo en sus relaciones con la profesión médica; el pensador relevó a la persona y su cultura.

Maritain rindió consideración a la preocupación por mantener el carácter personal de las relaciones entre el médico y el enfermo. Señaló que en el Arte Médico mismo es una verdad que el médico no cura una enfermedad, sino a un enfermo individual, con su pasado ancestral y personal, su temperamento, su carácter, su género de vida, sus virtudes y vicios, en una palabra, con lo que de irreductible y original hay en su individualidad.

La figura del médico se presenta como persona que ayuda a otra persona, ambos son sustentadores de vida y funcionan en una realidad generadora de cultura y de todas las manifestaciones artísticas que el presente y futuro les reconozca.

Maritain fue un discípulo de la filosofía de Santo Tomás, y retomó la afirmación del llamado Dr. Angélico, «La persona es lo que hay de más noble, lo más perfecto, en toda la naturaleza». Como se sabe, la palabra persona proviene de *Personare*, en el sentido de máscara, la máscara que servía a los actores en las comedias y tragedias antiguas; esas máscaras representaban a los héroes cuyos papeles realizaban los actores. Servían pues para identificar a cada personaje y para que su voz llegara

* Las ideas del presente artículo fueron presentadas en el libro, (2016) *Formación Humana Integral*, en Santiago de Chile, por Ediciones UCSH. Para esta revista se realizaron actualizaciones para su nueva publicación.

a los amplios teatros al aire libre. Como una marca que daba un aspecto particular a cada personaje en la escena del mundo.

De allí se dice también que surgen dos aspectos metafísicos del ser humano: individualidad y personalidad. Pero no se trata de dos cosas separadas. Es el mismo ser por entero, el que en un sentido es individuo, y en otro sentido, es persona.

La persona humana demanda, en virtud de su vida y sus necesidades, ser miembro de una sociedad. La persona no es una realidad sin puertas ni ventanas; es un todo, pero un todo espiritual, y por tanto, abierto a lo infinito. Constructor de los Derechos Humanos y democratizador de los espacios donde habita.

La sociedad aparece entonces como proporcionando a la persona las condiciones de existencia y desarrollo de que precisamente tiene necesidad. Sola no puede llegar a su plenitud. Por eso se dice también que la sociedad debe tener un aspecto comunitario, en el sentido que por su fin propio y especificador, está ordenada a un bien común diferente de la suma de los bienes individuales y superior a los intereses individuales.

Sería un gran error ignorar el necesario carácter comunitario y democrático de la sociedad y la importancia del bien común y de los espacios donde el ser humano se expresa, que son muchos, principalmente el cómo se edifica una Ciudad justa y equitativa.

2. Humanización y Arte

En el siglo XX dos guerras mundiales dejaron millones de muertos, en su mayoría personas jóvenes, y pusieron en evidencia el drama de una deshumanización colectiva, sin precedentes en la historia. Miles de personas vivieron por años en angustia y con desesperanza.

Muchos intelectuales, entre ellos J. Maritain, Ortega y Gasset, G. Marcel, y otros colocaron en el centro de su trabajo intelectual a la persona singular y concreta, y al sentido de su vida.

El fenómeno de la deshumanización había provocado la búsqueda de múltiples nuevas salidas a la negación de la persona y a la limitación de creación del ser humano, expresadas en las formas de violencia y esclavitudes existenciales. Todo proceso de deshumanización llama a propugnar una

rehumanización personalista, que puede asociarse a la idea griega de perfección y a la idea bíblica de esperanza.

Surge así el concepto de rehumanización. Karl Jasper lo expresaba así: «El hombre puede encubrirse a sí mismo, encubrir su origen, puede olvidarse para que su conciencia no le moleste, puede tergiversarse. Pero puede también recuperarse. Siempre le es posible; del misterio de encontrarse en la existencia surge y se desarrolla en él la profunda conciencia del ser».

De suerte que podemos hablar de deshumanizar y rehumanizar, como auténtico proceso subyacente en la creación e historia. A este propósito conviene recordar las palabras de Gabriela Mistral, que dicen: «La humanidad es todavía algo que hay que humanizar», y como educadora tenía razón, pues nacer humano no es garantía suficiente para vivir una vida humana, si se es carente de toda educación. Nacer en democracia no significa ser demócrata, un demócrata se forma en la coherencia de su actuar ciudadano en lo público y privado.

Es pues un hecho que la persona humana no puede elegir no ser persona, porque está en su ser mismo. Gabriel Marcel, uno de los primeros filósofos personalistas tenía una repetida frase «yo no asisto al espectáculo», que quería significar «yo no soy un mero espectador de mi vida». Podríamos señalar que toda persona está llamada a ser creadora de su vida personal y comunitaria. Todo ser humano está llamado por esencia a cimentar ambientes democráticos y participativos en su entorno.

Actualmente en diversos textos modernos se habla de rehumanización. Y se hace la distinción entre el concepto de rehabilitación con el de rehumanización. Este último dice relación con la toma de conciencia del ser humano de su dignidad radical, y no de una mera capacidad o habilidad para realizar determinadas tareas.

El psiquiatra vienés Viktor Frankl, judío que estuvo en los campos de concentración nazis ha podido demostrar que existe la libertad y la responsabilidad personal incluso en los ambientes más sórdidos, degradantes e infrahumanos. Para Beethoven, el contacto con la naturaleza encendía su inspiración porque veía todos los seres como huellas del Creador y podía entender su mensaje profundo y dialogar con ellos.

Abrir caminos de esperanza, de contacto profundo con la Creación, de espacios de desarrollo del Bien común, es una virtud de las expresiones artísticas, es la expresión de los talentos humanos,

es un camino que combina libertad y responsabilidad de derechos y de deberes en la creación cultural, lo que contribuye a la dignidad humana.

Para efectos de esta reflexión, es pertinente tener muy presente que el ser humano no es pura realidad física; es decir no existe solo como ser físico. Su existencia es más noble, diversa y profunda; es una existencia espiritual propia del conocimiento y del amor. La persona es un todo y no una parte, es un universo en sí mismo, un microcosmos en el que el universo entero puede ser abarcado por el conocimiento. Efectivamente, aun siendo una partícula en el universo, desde su pequeñez es capaz de pensar el universo entero. La persona puede darse, donarse, y en esa entrega libre puede comunicar su realidad interior, su intimidad y sus propios talentos.

Desde la educación, en una conferencia en la Universidad de Yale, en 1943, Maritain enseñó que «la educación debe poner fin a la discordia entre la exigencia social y la exigencia individual dentro del ser humano mismo. Y acentuó la necesidad de desarrollar en los educandos a la vez el sentido de la libertad y el sentido de la responsabilidad, el de los derechos y las obligaciones humanos, el valor para arriesgarse y para ejercer autoridad por el bien general y, al mismo tiempo, el respeto de la humanidad en cada persona individual». (Maritain, 1943, p. 2)

El arte y la educación artística constituyen parte de este proceso como elementos interdependientes en la formación: la función imaginativa nos permite crear mundos posibles e ir más allá de la referencia inmediata, Las artes y su alma como idea de buscar lo esencial, lo íntimo, lo colectivo, lo global, es una vuelta al útero creador y una alteración cultural a una educación y modelos fragmentados y desintegrados tanto en sus protagonistas y políticas. Existe hoy una tarea que hace insustituible al educador, que consiste en punzar la inteligencia y la voluntad de quienes le han sido confiados para hacerlos crecer en libertad creadora y responsabilidad individual y colectiva.

3. La ciudad como tela, pentagrama, cuerpo y texto creador

La Ciudad se ha constituido en un objeto de estudio cada vez más recurrente en el ámbito de las expresiones artísticas y en el desarrollo de las personas, se ha acentuado cada vez más en el contexto de estudios multidisciplinarios que observan e identifican en la ciudad un complejo

escenario, pentagrama tela, cuerpo y texto, en el cual la existencia del colectivo, y en particular su cultura, se expresan, se transforman y diversifican constantemente.

Las representaciones de la ciudad y al interior de ellas, transitan por diversas expresiones de la humanización o deshumanización, el problema de la exclusión y la inclusión en la ciudad ha operado como el sitio o territorio en el cual tanto las representaciones metafóricas de la persona y la ciudad, encuentran sus posibilidades de encuentro o desencuentro, de diálogo o debate, de cercanía o distancia, de vida y muerte, de luz y sombras de la existencia. Es el espacio privilegiado de la vida de democrática participativa y que debe proveer una calidad sustancial de dichos procesos

Las capacidades necesarias casi diríamos imprescindibles en el mundo de hoy, son la capacidad de decidir por sí mismos, elegir entre lo mucho que nos ofrece; la capacidad de expresar nuestras decisiones opiniones o necesidades; la capacidad de enjuiciar la realidad de modo crítico; la capacidad de escuchar y entender al otro y la capacidad de intervenir en nuestra realidad. (Rodríguez, 2005)

Así nuestra realidad y la ciudad se instala como el símbolo mismo de la civilización y de la creación humana, en ella se concentra lo más avanzado de las producciones de la cultura humana, en ella toman cuerpo: la escuela, la universidad, los medios de comunicación, el museo, la producción arquitectónica, literaria, artística e intelectual, la centralidad del poder político, la actividad económica industrial, la innovación científica y tecnológica, y la negociación y transacción social. Pero también expresa todas las formas de violencia que hemos desarrollado como sociedad y que permitimos silenciosamente y constantemente.

El modelo de comprensión de la ciudad como un ser vivo y creador implica necesariamente comparar a esta con un cuerpo constituido por una diversidad de órganos que lejos de actuar de manera autónoma obedecen a un patrón central de funcionalidad que decide y coordina un conjunto de funciones subsidiarias. Esto supone, que aquella parte del cuerpo que no se subordina a la funcionalidad total de este presentaría una patología que manifiesta con urgencia su mejoramiento.

La ciudad se visualiza como un corpus cuyos órganos deben permanentemente estar subordinados y sanos a ciertas funciones que les son propias de acuerdo y en concordancia con su configuración o constitución. Por lo tanto, al igual que la función de las venas y arterias no es otra

más que servir de conducto por el cual se irriga la sangre y oxigenación a todo el cuerpo, la función de calles y avenidas no sería otra más que la de operar como el conducto que permite la circulación de las personas o habitantes de la ciudad y de los medios que los transportan. De ahí, la creación hasta el día de hoy de vocablos tales como: arteria principal, arteria secundaria, corazón de la ciudad, funciones, tejido y crecimiento entre otras, en donde a lo largo, ancho o alto de ellas, el ser humano deja huellas de sus creaciones.

De esta manera, en una ciudad moderna existirían un número finito de subsistemas que operarían de forma superpuesta. Es lo que sucede hoy en día: cada sector en cuanto subsistema ofrece a sus habitantes una serie de beneficios fragmentados que a su vez se encuentran subordinados a un sistema central. En este sentido, el acceso a las expresiones artísticas se supedita a una dirección regional y esta última a una nacional, construyendo una persona fragmentada y no integral.

En este contexto, las posibilidades de interacción y vida comunitaria entre las personas o habitantes de la ciudad se limitan cada vez más, se reducen las relaciones sociales a espacios y grupos cada vez más pequeños, los procesos de urbanización basados en esta metáfora de la ciudad en cuanto sistema, se instalan como una construcción ilusoria respecto de una eventual superación de los problemas de exclusión que caracterizan la ciudad actualmente, donde uno solo es un habitante y no una persona.

La ciudad, no es una bóveda inanimada e indisoluble, en cuanto texto, esto, porque ella implica la presencia de una representación del fenómeno urbano en cuanto tejido, entramado, una territorialidad ligada que permanentemente invita a sus habitantes y visitantes a hacer uso de sus posibilidades receptoras en función de interpretar las codificaciones desde las cuales la ciudad misma ha sido construida. Este modelo de imágenes mentales de los asentamientos urbanos, comienza a configurarse a partir de los aportes teóricos efectuados desde los estudios semiológicos a la comprensión de las unidades de sentido y figurativas inherentes al fenómeno urbano (Barthes, 2001).

De acuerdo con esta perspectiva y forma de comprensión de la ciudad, esta puede ser vista y conceptualizada como un texto que se ofrece de manera abierta a ser leído por el conjunto de receptores que ya sea en sus formas cotidianas de habitabilidad o por mera causa de tránsito. «La ciudad es un discurso, y ese discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes

y hablamos a nuestra ciudad, a la ciudad en que nos encontramos, habitándola simplemente, recorriéndola, mirándola» (Barthes, 2001, p. 224).

Lo interesante desde esta perspectiva es prefigurar a la ciudad como un texto que comunica algo, un texto que habla, que informa, que describe, que explica y que interpela a sus habitantes a descifrarlo.

En este contexto, la ciudad introduce a sus interlocutores en un diálogo abierto respecto de sus posibilidades representativas, dejando claramente expuesto que los enunciados que los constituyen son siempre la responsabilidad de un emisor que los ha construido. De esta manera:

«A sus habitantes, y por extensión a sus analistas, una ciudad habla, elocuentemente, de los criterios de segregación presentes en su seno a través de múltiples compartimentos en que se divide; de sus accesos y bloqueos, de la materialización de los prejuicios y la jerarquía social en sus espacios. Su paisaje habla de su tecnología, de su producción material. Sus monumentos y puntos turísticos hablan de la vida mental de los que en ella habitan y de aquellos que la visitan. Sus caminos y su tráfico hablan de diversas actividades que en ella se producen. Sus mendigos hablan de la distribución de la riqueza al extender la mano en busca de limosna» (D'Assunção, 2008, pp. 39-40)

De esto se desprende, que existe una intrínseca relación entre el texto de la ciudad y los procesos de construcción y reconstrucción de la memoria. Si se considera que la memoria colectiva y personal, no es otra cosa más que el relato que se elabora en un presente respecto de un pasado en función de la construcción de un presente y futuro deseado, la ciudad no solo emerge como el sitio o lugar donde esos tiempos y los acontecimientos fueron posibles, también es el espacio que opera a modo de soporte del tejido argumental de esa historia que surge como resultado de la interpretación. Las expresiones artísticas tienen su rol esencial en la construcción de esa memoria, que puede dignificar a la persona o deshumanizarla en el espacio de la ciudad.

Una imagen de la ciudad que se encuentra directamente ligada o relacionada con la metáfora, tela, texto-ciudad, es la visión de la ciudad en cuanto imaginario. Cuestión que traería como

resultado dos aspectos fundamentales de discernimiento: «Por un lado, la ciudad es representación, y por otro, genera representaciones de sí misma» (D'Assunção, 2008, p. 89).

Desde esta perspectiva, la ciudad se constituiría en una representación desde el minuto mismo en que se la figura al interior del plano, lo cual supone que el plano constituiría el soporte (tela-pentagrama) sobre el cual el conjunto de hombres y mujeres que ha pensado la ciudad, plasma aquellas visiones y expresiones pertenecientes al mundo y el universo de carácter cultural-artístico, en el cual se encuentra inserto. En otras palabras, el plano en cuanto representación constituye el soporte físico sobre el cual la proyección de la ciudad se hace posible. Ejemplo de lo anterior, se prefiguran al interior de la historia del arte y el urbanismo:

«Simultáneamente, podemos recordar los modelos urbanos idealizados por los arquitectos renacentistas en el siglo XV, y las idealizaciones iluministas de la ciudad, en el siglo XVIII. Es precisamente el deseo de influir en el espacio citadino de modo de atender las exigencias económicas, políticas o sociales, lo que estimula la planificación renacentista, y no por casualidad, en este mismo contexto comienzan a aparecer los primeros esbozos de una teoría sobre la ciudad que pasa a concebirla como expresión de la sociedad» (D'Assunção, 2008, p. 90).

Toda obra de arte urbanística responde a una composición binaria, en la cual se encuentra el territorio de lo expuesto y de lo mentado, ciertamente aquello que resulta más visible siempre nos remite a los discursos que subyacen insensiblemente por debajo de la superficie de la estructura significativa.

Uno de los mayores avances de esta racionalidad radicó en la creación de espacios habitables en los que se llevaba a cabo la mencionada conciliación, entre la idea de orden social y la utilización del espacio, desde la fundación de los primeros asentamientos urbanos, la ciudad ha sido siempre no solo el lugar habitable, sino también la representación de un orden, la representación de las formas, representación de una cosmovisión, de una espiritualidad, en que la sociedad se estructura y se jerarquiza, ya que la sociedad solo es posible en su forma más compleja de organización que es la ciudad.

En este sentido, el carácter comunitario de la ciudad y su memoria pone de manifiesto el sentido mismo del grupo que ha interpretado el pasado a la luz del presente y en función del futuro. En otras palabras, el carácter comunitario o asociativo del grupo que interpreta y elabora el relato depende necesariamente de la presencia y producción de un “sentido común” que comparten todos los miembros del grupo. Dicho sentido, se expresa básicamente en la constitución de un campo de diálogo, en el cual se debate por los contenidos o materiales con los cuales se entiende el presente como consecuencia del pasado en función de poder delimitar los contenidos con los cuales poder construir el futuro.

Todo lo que orienta el diálogo o el debate acerca de la influencia del pasado en la situación presente no es más que la posibilidad de construir un futuro con tales o cuales materiales del presente y el pasado. En la construcción democrática de esta memoria, la superación de los relatos artísticos sin alma plasmados en la ciudad y de sus dispositivos de exclusión, son mediante una plataforma de inclusión social basada en la recuperación de los espacios públicos, que no es otra cosa que el fruto de la memoria, sino también de la comunidad.

Para potenciar la democracia deberíamos emprender la habilitación de los espacios donde ésta se construye, recuperando el sentido de ciudad como plataforma donde se discute, dialoga, aprende y escucha. Un lugar donde conviva la realidad de la sociedad en el que he decidido ser residente. Porque el concepto de democracia apunta a una “comunidad y comunicación real”, directa y asociativa, donde el ciudadano genera cohesión y responsabilidad de largo plazo.

Así, empezamos a entonar una composición musical a varias voces. Cada voz se mueve con total independencia respecto a las demás. Posee una dinámica propia, una belleza singular, un impulso interior que la lanza hacia adelante y la sostiene. Parece bastarse a sí misma. Ninguna de las otras voces puede alterar el curso de su melodía. Pero todo intérprete, al tiempo que ejercita su libertad interpretativa, presta atención a la marcha de las otras voces para atemperarse a ellas: a su ritmo e intensidad, a su volumen y expresividad. De esta forma, actuando con independencia y fraterna a la vez, las voces crean, entre todas, un conjunto armónico de belleza sobrecogedora.

Para ejecutar este desplazamiento desde un paradigma del dominio del habitante de la ciudad, al paradigma de la colaboración fraterna y por el bien común al interior de la ciudad, es

indispensable convencerse de que en él se juega nuestro ser de personas, pues ser persona y actuar creativamente se implican.

El 1 de enero de 2014, el Santo Padre eligió el lema «La fraternidad, fundamento y camino para la paz», para la jornada mundial de la Paz. El 2015 escribió en la carta encíclica *Laudato si'* «Junto con el patrimonio natural, hay un patrimonio histórico, artístico y cultural, igualmente amenazado. Es parte de la identidad común de un lugar y una base para construir una ciudad habitable» (n. 143).

Esta reflexión es una invitación a interesarse en las expresiones artísticas que construyen la ciudad, evitando los riesgos de una ciudad sin alma y la plena aceptación de la diversidad y multiculturalidad en la consecución permanente del ideal democrático por una ciudad de personas y no habitantes. Una invitación a la Fraternidad y cuidado de la ciudad como Casa de Todos, son las palabras con las que deseamos terminar estas páginas.

JOSÉ ALBUCCÓ HENRÍQUEZ
Universidad Católica de Chile

SERGIO FERNÁNDEZ AGUAYO
Universidad Católica

Bibliografía:

- BARTHES, R. (2001), *Semiología y Urbanismo*. Sao Paulo, Brasil: Martins Fontes.
- FRANCISCO, pp. (2015) *Encíclica Laudato si', sobre el cuidado de la casa común*, Santiago, Chile: Ediciones UC.
- D'ASSUNÇÃO, J. (2008), *Ciudad e Historia*. Santiago, Chile: Ediciones UCSH.
- DURAND, G. (2004), *Estructuras Antropológicas del Imaginario*. México D.F, México: Fondo de Cultura Económica.
- MARITAIN, J. (1943) *La Educación en la Encrucijada*. Posteriormente, en 1959, fueron incorporadas, junto a otros trabajos sobre el tema educativo, al libro «Para una Filosofía de la Educación».
- RODRIGUEZ, M. (2005), Familia y escuela: un proyecto común para la prevención, *Educación para la ciudadanía, Educación y futuro* (13).

Abstract

This paper focuses on the concept of cities, meant to be the places where men personality can be achieved. In particular, the Author states that art and social relations are two important processes of democratisation where the human being is considered not as an object, but as a subject. Through this integration, a man becomes aware of his being, thanks to the creative process that takes form in the artistic sphere.